

Con jugo de los cerros crean hojas y espinas;
 ¡son más talas que otros estos talas de Minas!
 Hundiendo sus raíces tenaces y porfiadas
 como vivientes cuñas apasionadas
 del labio de la piedra—dura y mísera estopa—
 levantan el milagro caliente de su copa.
 En la cumbre acerada,
 viejo torreón del águila caudal,
 allí
 donde el marrón arrancaría voz de metal
 ponen ellos las gracias de sus melenas rudas:
 tal el alma de Cristo sobre el alma de Judas.
 Laten sobre la cumbre de dureza de acero
 y me asombro en su vida como me asombraría
 si al yunque de un herrero
 un trébol de los valles viese arraigado un día.
 Salud, amigos trágicos ¡si tendréis amargura!
 desde vuestras cumbres mirando la llanura
 donde sobra a los árboles linfa, tierra y ternura.
 ¡Oh, talas de mis cerros! que para ser felices
 tenéis sol en la copa
 y piedra

¡tan solo piedra en las raíces!

V A L E R I A N O M A G R I

C A S I T A E N L O S C A M P O S

La casa, y solo al lado un árbol...!
 Despunta el día y sale un hombre
 trabajador, el campo andando
 mientras la casa, atrás, se esconde...

El sol crecido, una viejita
 sale (pobre), y al sol se pone;
 ¡es la viejita de la casa...
 que de tan vieja nada come!...

El leñador corta en los montes...
 Si se grita, ni llega el nombre...!
 El leñador, — cargado — vuelve
 todos los días, casi de noche.

ENRIQUE CASARAVILLA LEMOS